

su permiso á verse con el Rey de Aragon su tio, y que su casa se habia de componer de sugetos de las dos parcialidades beamontesa y agramontesa. Creía Don Juan que á trueque de conseguir su libertad, vendria en cualquier concierto, por duro que fuese; y Carlos, seguro del armamento que en su favor se hacia en Castilla, queria mejorar su partido, aunque fuese á costa de alguna dilacion. Pasábase así el tiempo sin concluir cosa alguna. Aragon veía amenazadas sus fronteras; su Rey ausente no le acudia; y sus diputados no sabian qué hacerse para sacar el reino de aquel conflicto. Enviaron embajadores á Pamplona para tratar de concordia; y la ciudad contestó que sus armas no se movian en daño de Aragon, sino en defensa de su Príncipe, cuya libertad y gobierno querian. Hicieron mas los navarros, que fué enviar embajadores á las cortes de Aragon á asegurar esto mismo, y agradecer los buenos oficios que hacian en favor del Príncipe; y ordenaron que en los lugares de la frontera se pregonase la paz entre los dos reinos.

La misma ciudad de Pamplona, viendo que nada se adelantaba en cuanto al Príncipe, nombró una diputacion de tres sugetos principales, para que auxiliándose de la intervencion de las cortes de Aragon, se la pidiesen al Rey. Este no pudo resistir á los ruegos reunidos de los dos reinos y la fuerza de las circunstancias; y sacando á su hijo de la fortaleza de Monroy, le llevó á Zaragoza, y

le entregó en la sala de las cortes, en veinte y cinco de enero de mil cuatrocientos cincuenta y tres. Mas la libertad concedida no era absoluta: habia de tener por prision á Zaragoza, y cuidaban de su custodia dos diputados de los cuarenta. Diéronsele treinta dias para que concluyese la concordia: término que no siendo suficiente para fenecer tantos puntos como se ventilaban, fué preciso prorogarle por dos veces; queriendo siempre el Rey apretar el rigor de la convencion, y no allanándose su hijo sino á lo que fuese justo. Por último consiguió su libertad, quedando en poder de su padre, en rehenes de lo pactado, el Condestable de Navarra y sus dos hijos Don Luis y Don Carlos de Beaumont, con otros caballeros que generosamente se ofrecieron á ello, por ver libre al Príncipe que adoraban.

Mas no por eso cesó la guerra en Navarra. El Príncipe de Asturias Don Enrique, que aborrecia mortalmente al Rey Don Juan su suegro, no queria entrar en ajuste ninguno, y siempre estaba armado sobre la frontera de Castilla, enviando fuerzas á la parcialidad beamontesa. Por este tiempo hizo tambien á la Princesa, su mujer, el agravio de repudiarla y enviarla á su padre; pretextando que por algun hechizo oculto era impotente con él. No habia para esto, en caso de ser verdad, otro hechizo, que haber estragado aquel Príncipe su temperamento con los placeres ilícitos é infames, á que se dió en la primera juventud. La des-



dichada Blanca fué arrojada de un lecho que sus virtudes honraban, para que después le ocupase aquella Juana de Portugal, cuya imprudente conducta fue la ocasion de todas las desgracias de Enrique IV. Vivió algun tiempo en Aragon, y después se fué á Pamplona con el Príncipe su hermano, á quien amaba entrañablemente, motivo por el cual vino á incurrir en el odio que su padre tenía á Don Carlos. La discordia, pues, siguió en Navarra con el mismo furor que antes, sin que se remitiese mas que el breve espacio de tiempo en que se ajustaban algunas treguas por las negociaciones, que siempre estuvieron abiertas. Mediaban en ellas Ferrer Lanuza, justicia de Aragon, enviado por el Rey de Navarra al de Castilla á ajustar las diferencias que hubiese, y la Reina de Aragon, á quien su esposo Alonso V, justamente afligido de los males que padecía España, envió desde Italia á componerlas todas. La paz se ajustó al fin con Enrique IV, que acababa de suceder á su padre Juan II, muerto en aquella sazón; pero las discordias de Navarra no pudieron apaciguarse. Estorbábalo el rencor de las dos parcialidades: y solo pudo conseguirse que se concertasen treguas por un año, que aunque no muy bien guardadas, todavía excusaban algun derramamiento de sangre.

Mas cumplido el término de aquella suspensión, las hostilidades volvieron con mas furor que nunca. Ardía de saña el Rey, porque no se acababan de entregar las fortalezas que, segun el pacto

hecho cuando la libertad del Príncipe, se habian de poner en poder de aragoneses: amenazaba con hacer morir á los rehenes que tenia; el Príncipe amagaba hacer lo mismo con algunos que tenia en su poder de villas que habia tomado su partido, entre ellas la de Monreal. Hubo, no hay duda, exceso de parte de Don Carlos en esta ocasion, pues que faltó á lo que él mismo habia firmado, y sus apoderados prometido. Pero así él como sus parciales conocian bien el ánimo del Rey, que en todo el proceso de las negociaciones con la Reina de Aragon se habia mostrado duro, inflexible, sin querer ceder nada del rigor y nulidad á que queria reducir á su hijo. Llegó en esta parte su furor al extremo de hacer una alianza con su yerno el Conde de Fox, por la cual éste se obligaba á socorrer al Rey con todo su poder, y entrar en Navarra á castigar á los rebeldes, y el Rey á desheredar á sus dos hijos Carlos y Blanca, sustituyendo en su sucesion para después de sus dias al Conde y Condesa de Fox. Así este insensato disponia de una herencia que no era suya, y daba un derecho que no tenia; y añadiendo la barbaridad á la injusticia, se obligaba tambien á no recibir jamas á reconciliacion alguna, ni perdonar á sus dos hijos, aunque quisiesen reducirse á su obediencia.

Ya el Conde habia entrado en Navarra con sus tropas, y unido á los realistas ponía espanto en los parciales del Príncipe, no bastantes en número ni en fuerzas á resistirle. Ya habian sido sitia-



das y rendidas Valtierra, Cadreita y Melida: Rada, famosa por su fortaleza, arrasada: Aivar tambien, que Cárlos habia recobrado, tuvo que rendirse á su madrastra, que en persona la habia cercado y combatido. Aquel reino, que tan floreciente y tranquilo se habia mantenido en los felices dias de Cárlos el Noble y Blanca, ya era un teatro sangriento de robos, escándalos, desolacion y homicidios; frutos propios de la guerra civil, cuyos móviles no son ni el interés ni la gloria, sino el rencor y la venganza. El Conde instaba por la desheredacion de los dos Príncipes; y Don Juan habia nombrado letrados y juristas, que les formasen el proceso por contumaces y rebeldes. Pero el Rey de Aragon, irritado de la entrada de los franceses en España, y mal contento del rigor y dureza de su hermano, le envió á decir que pusiese en sus manos la querella que tenia con su hijo, como ya éste lo habia hecho; y que de no hacerlo así, le quitaria el gobierno del reino de Aragon, y ayudaria con toda su fuerza el partido y la razon del Príncipe. Temió el Rey de Navarra la amenaza de su hermano, y suspendió el proceso abierto contra sus hijos. Don Cárlos, no sintiéndose fuerte contra su padre y su cuñado, á quienes se creía que ayudaria tambien el Rey de Francia; no fiando en los socorros del Rey de Castilla, tuvo por mas seguro irse á poner en manos del conquistador de Nápoles y pacificador de Italia, el cual por sus hazañas, por su mérito personal, y por la magnifi-

1457.  
cencia de su corte, era entonces el primer Monarca de Europa. Asi dejando encargado el gobierno de la parte de Navarra que le obedecia á Don Juan de Beamonte, tomó por Francia el camino de Italia.

Desde Poitiers envió á su tio un secretario suyo á que le informase largamente de los hechos ocurridos en aquel último tiempo, para que á su llegada estuviese bien prevenido á su favor. En la carta que le dió para que le sirviese de credencial, le decia: que por dos y tres veces habia enviado á su padre gentes, suplicándole que le quisiese tener como hijo, y se compadeciese del pobre reino de Navarra, que tan bien le habia servido en otro tiempo: y que cuando las cosas estaban á punto de concordarse, el Conde y la Condesa de Fox lo habian estorbado. *Los cuales, son sus palabras, como se debia de esperar que fuesen propicios á la dicha concordia, han empachado aquella, é han revuelto en tanto grado los escándalos é el mal entre nos, que no espero el reparo de ellos, si ya la piedad de Dios et vuestra autoridad é decreto con aquella razon, que ha sobre nosotros, no extingue este fuego.*

Mas no solo habian hecho este mal los Condes de Fox; sino que tambien malquistaron al Príncipe con el Rey de Francia Cárlos VII, imputándole que habia favorecido á los ingleses en Bayona, donde se hallaban sus parciales al tiempo que la ganaron los franceses: querian con esto ponerle de



su parte, y le incitaban á que haciendo alianza con ellos y el Rey su padre, entrase por Guipúzcoa, y entretuviese así las fuerzas del Rey de Castilla, que confederado con el Príncipe, se preparaba á socorrer poderosamente su partido. Carlos, que como Señor de Navarra y Duque de Nemours, tenía tantas relaciones con la corte de Francia, siguió su camino á París, donde fué recibido por aquel Monarca con todo honor y cariño; descargóse de las calumnias levantadas por sus hermanos, y separó al Rey de su rompimiento con Castilla. Hecho este bien á su país, se dispuso á partir á Nápoles, donde ya le llamaba el Rey su tío. Era su intento, si no le favorecía, pasar su vida en destierro, para no causar mas enojo á su padre, y separarse de la guerra civil que aborrecía. Por todas las ciudades que pasaba recibia los honores y aplausos que nacen de la estimacion de sus virtudes y talentos, y del interés que inspiraban sus desgracias. El Sumo Pontífice Calixto III, español, le agasajó mucho en Roma; mas, requerido por él de que mediase en sus negocios, no se atrevió á hacerlo, y de allí partió el Príncipe á Nápoles por la via Apia.

Recibióle el Rey de Aragon con las mayores muestras de honor y de cariño: bien es verdad que le reprendió la resistencia que habia hecho á su padre con las armas, diciéndole que aunque la razon y la justicia estaban claramente de su parte, debía obedecer y sujetarse al que le engendró, y

disimular su dolor aunque justo, y así hubiera cumplido con las leyes divinas y humanas. A esto replicó el Príncipe: que sus vasallos y buenos amigos habian llevado muy á mal el gobierno de su padre despues de la muerte de su madre Doña Blanca. Que todos deseaban le entregase á él el reino que le tocaba, segun los pactos hechos; y que por su estado y su edad era capaz de gobernar. Confesó que él habia dado muestras de conformarse con su voluntad en esta parte. Mas que las cosas no habrian llegado á aquel extremo, si la hija del almirante no hubiera venido á gobernar con tanta ofensa suya y de su reino: que así él como sus vasallos habian tenido esto á grande afrenta y mengua de su reputacion, que no podia disimularse. Y concluyó diciendo: *Cortad, Señor, por donde os diere contento: solo ruego que os acordéis que todos los hombres comemos yerros: hacemos y tenemos faltas; este peca en una cosa; aquel en otra. ¿Por ventura los viejos no comitisteis en la mocedad cosas que podian reprehender vuestros padres? Piense pues mi padre que yo soy mozo, y que él mismo lo fué tambien en algun tiempo.*

Fuera de este cargo no recibió de aquel Monarca sino aplausos y favores. Es cierto que aunque no hubiesen mediado los lazos del parentesco estrecho que los unian, y la calidad de heredero de todos los estados de Aragon y Navarra que acompañaba á Don Carlos; sola la aficcion á las letras



y buenos estudios, que sobresalía en él, y por la cual ya era célebre, bastaba á darle autoridad y consideracion á los ojos de Alfonso V. Es sabida de todos la pasion de este Rey por la lectura y la sabiduría, y en esta parte su sobrino debia tener mucho mas precio á sus ojos que su hermano, el cual jamas hizo otra cosa que intrigar, alborotar y destruir. Tratólo, pues, como á hijo; pagó todas las deudas que habia contraido en el camino; le hizo una consignacion para sus gastos ordinarios; y así él como su hijo le daban cada dia nuevas señales de cariño en joyas, en caballos y otras dádivas con que á porfía le agasajaban. Escribia Carlos todas estas particularidades á su leal ciudad de Pamplona, con aquella efusion de alegría que tiene un desdichado al ver por la primera vez reír el rostro á la fortuna. *Presto, les decia, placiendo á Dios, irán tales personas de la parte del dicho Señor Rey, nuestro tío, que reglarán estos fechos en la forma que cumple... E non danzarán mas á este son los que con nuestros daños se festejan.*

Luego que en España se supo la buena acogida que habia tenido en Nápoles, su padre mudó de tono, y empezó á darle en los despachos el título de *Ilustre Príncipe y muy caro y muy amado hijo*, cuando antes se contentaba con llamarle á secas *Príncipe Don Carlos*. Pero los Condes de Fox, que ya devoraban con el deseo la sucesion de Navarra, intriguaron tanto con aquel Rey rencoroso, que al

fin dió el escándalo de juntar cortes de su parcialidad en Estella; y desheredó allí á sus dos hijos 1457. Don Carlos y Doña Blanca, pasando la sucesion á su tercera hija la Condesa de Fox, y por ella á su marido. Acto por su naturaleza nulo, si se atiende á la justicia; pero que de algun modo podia desconcertar el partido opuesto, engañando á los simples, abatiendo á los cobardes, y determinando á los indecisos. Mas los parciales del Príncipe, y Don Juan de Beamonte, que estaba á su frente, no desmayaron por eso, y oponiendo á aquel acto otro, mas justo sin duda, aunque temerario por las circunstancias, convocaron á cortes en Pamplona á los de su bando, y en ellas aclamaron y juraron por Rey á Don Carlos, con todas las solemnidades legales, en diez y seis de marzo del mismo año; llamándole Rey de allí adelante en los despachos que emanaban del Gobernador y del Consejo.

Indignése terriblemente Don Juan, llamando desacato y desafuero lo que él mismo habia provocado con su injusta y bárbara desheredacion; y achacando aquella medida generosa y atrevida á las instrucciones que habia dejado su hijo, redoblaba su cólera y su indignacion contra él. En esta posicion le halló Rodrigo Vidal, enviado por su hermano para ajustar un concierto; y, como es de presumir, no era sazón de recabar cosa alguna. Entretanto llegó al Príncipe la noticia de su aclamacion, y no pudo dar otra prueba mayor de su



inocencia que apresurarse á escribir al Gobernador, á los Consejos, y á la Diputacion de Pamplona, el sentimiento que le causaba aquella determinacion; y la desaprobacion solemne del acto que se le imputaba. Existe aun la carta que escribió entonces, cuyo contexto puede verse en el Apéndice; y toda ella es una respuesta convincente á la calumnia que los historiadores, de acuerdo con la injusticia, le han levantado despues.

No fué esta sola la gestion que hizo el Príncipe para allanar el camino á la concordia. Escribió tambien á su primo el Rey de Castilla, que restituyese las plazas y castillos entregados á él por los beamonteses para seguridad de la alianza y del socorro que le pedian, al tiempo de los preparativos del Conde de Fox. Pero estas gestiones, hechas por el amor de la paz, no impedian que en otras ocasiones el Príncipe sostuviese con entereza sus derechos, cuando veía que de abandonarlos habian de resultar inconvenientes. Asi cuando murió el obispo de Pamplona él presentó al Papa para aquella dignidad á Don Carlos de Beamonte, hermano del Condestable y del Gobernador. Su padre se dió mas prisa, y pidió el obispado para Don Martin de Amatriain, dean de Tudela, que á la sazón estaba en Roma; y el Pontífice se le habia concedido. No cedió el Príncipe, conociendo que la intencion de su padre era poner en Pamplona un obispo de su partido; y así representó eficazmente al Papa que revocase la gracia: ni cedió

tampoco á las sumisiones y ofertas que desde Roma le hizo el nuevo electo; y el Papa, vencido de sus instancias, y creyendo que Don Carlos no estaría tan firme sin la anuencia del Rey su tio, confirió la administracion del obispado al célebre Cardenal Besarion.

Todas estas incidencias cebaban el resentimiento del Rey de Navarra, sin que las satisfacciones del Príncipe bastasen á calmarle. Rodrigo Vidal, despues de haber apurado todos los medios de convenio que sus instrucciones le sugerian, propuso una suspension de armas entre los dos partidos. Venian en él los beamonteses; pero el Rey, orgulloso y fiero con su poder, no quiso consentirle. Vidal entonces, creyendo que su mision era hacer la paz á cualquier costa, pensó otros medios de conseguirla mas favorables al partido del Rey: propúsolos al Gobernador Beamonte, quien le preguntó, si aquellos artículos se habian propuesto con anuencia del Monarca aragonés: respondió Vidal que no; y entonces el generoso navarro, *yo no tengo, dijo, orden del Príncipe sino para obedecer lo que el Rey de Aragon ordene; y pues esos partidos son diversos de los que él quiere, yo y todos mis parciales nos expondremos á todo riesgo por obedecerle, antes que tener paz y sosiego tan infame.*

Por este tiempo tuvieron vistas los Reyes de Navarra y de Castilla para negociar la paz entre si: vino la corte de Navarra á Corella, y la de

Mayo  
1457.



Castilla á Alfaro, á cuya villa acudió tambien el Gobernador Beamonte; y propuso que se entregasen en secuestro al Rey de Aragon todas las plazas fuertes del reino, asi de un partido como del otro, y que estuviesen con bandera y Gobernadores de su mano, hasta que el mismo Rey diese la sentencia que cortase aquellos disturbios. Tampoco quiso el Rey Don Juan venir en este partido: tenia fundadas esperanzas de reducir al Rey Enrique IV, asi por sus gestiones propias, como por las que hacia su mujer Doña Juana con la Reina de Castilla. Las dos se veían y se festejaban; y es de ver en los monumentos de aquel tiempo la extrañeza que causaba en los procuradores del Príncipe el lujo, la riqueza y la extravagancia que ostentaban las damas castellanas. Acostumbrados á la modestia con que se habian presentado siempre la Reina Doña Blanca y la Princesa Ana de Cleves, mujer del Príncipe, no podian menos de admirar la locura de las damas que acompañaban á la Reina de Castilla. *La una trae bonet, la otra carmagbola, la otra en cabellos, la otra con sombrero, la otra con troz de seda, la otra con un almaizar, la otra á la vizcaina, la otra con un pañuelo: é de ellas hay que traen dagas, de ellas cuchillos victorianos, de ellas cinto para armar ballesta, de ellas espadas, y aun lanzas y dardos, y capas castellanas, quanto, Señor, yo nunca vi tantos trages de habillamientos.* Asi escribia al Príncipe su procurador patrimonial Martin Iru-

rita; añadiéndole al fin: *Nuevas de acá otras, Señor, buenamente no sé que escriba, sino que tierra de Vascos, de ocho dias acá, está en vuestra obediencia, et todas las montañas, sino Gorríti; é los vuestros se esfuerzan lo mas que pueden: mas por Dios, Señor, son pocos é pobres: é á la larga no se podrán sostener.*

No era pues extraño que el Rey Don Juan, fiero con su preponderancia, se negase á toda composicion, que no humillase completamente á su hijo. A las esperanzas que le daban sus tratos con el Rey de Castilla, debieron unirse para este efecto las sugerencias de la Condesa de Fox, que tambien se halló á aquellas vistas; y trataria de impedir toda concordia que perjudicase á sus miras codiciosas sobre la sucesion del reino de Navarra. Estaba entonces lisiada de una dolencia, que no la dejaria alternar en bizarría con las dos Reinas concurrentes, y que hacia decir con gracia á Rodrigo Vidal, escribiendo al Príncipe: *Dícese, Señor, que la Condesa de Fox, vuestra hermana, está cerca de perder un ojo. A la mi fé, Señor, no tengais dolor ó penar, car quien entiende en la perdicion de un tal hermano, bien merece perder un ojo, aun el derecho. Ella viene sintiendo estos fechos á mas que de paso, é hoy debe entrar en Sudela.*

Asi todo se conjuraba en España en ruina del desdichado Don Carlos: su partido desmayaba; el del Rey su padre se hacia cada dia mas fuerte en



Navarra: sus hermanos atizaban el fuego; y sus aliados le abandonaban. Pero el Monarca de Aragón creyó ya comprometida su autoridad en hacer obedecer á su hermano, y le envió nuevos embajadores que le hiciesen entender su voluntad, y abandonar á su decision los negocios de Navarra. Y aunque hasta allí lo había repugnado mucho, porque así se desvanecian sus tratos con los Condes de Fox; malgrado suyo al fin tuvo que rendirse, y firmó á últimos del año de mil cuatrocientos cincuenta y siete, en Zaragoza, el compromiso, en que puso las diferencias todas con su hijo en manos del Rey su hermano. Con esto cesó la guerra en Navarra: se dió libertad á los prisioneros; y despues, á principios del año siguiente, revocó el Rey Don Juan los procesos que tenia abiertos contra el Príncipe y Princesa sus hijos, con la reserva de que si su hermano no daba sentencia en el término señalado, pudiese abrir otros nuevos; reserva inventada por el rencor y mala fé, á fin de que no le faltase nunca pretexto para perseguirlos.

1458. Mas las esperanzas que el Príncipe de Viana concibió de este tratado se desvanecieron todas con la muerte del Rey de Aragón, que falleció en Nápoles en junio del año siguiente. Conquistador de un reino, que supo hacer feliz con la prudencia de su gobierno; pacificador de la Italia, que le debió su sosiego; espléndido en su corte, la mas civilizada y culta de Europa; honrador y aprecia-

dor apasionado del saber; Monarca paternal, buen amigo, hombre amable, Rey, en fin, de los Reyes de su tiempo, reunió todos los respetos, se concilió todas las voluntades, y á su muerte el sentimiento de los pueblos y de las naciones fué universal. La Italia y la España perdieron á muy mala sazón un moderador, que contenía con su respeto y su autoridad toda la ambicion de los diversos partidos que las agitaban. Pero nadie perdió mas que el Príncipe de Viana: sus diferencias iban á ajustarse, y segun el amor que le tenia el Rey su tío, era de esperar que fuese muy á satisfaccion suya la sentencia: la autoridad y poderío del juez arbitrador aseguraban la estabilidad del partido que iba á tomarse; y cesaban al fin aquellos escandalosos debates, que ni hacian honor á su carácter y moderacion, ni eran favorecidos de la fortuna; ni podrian venir á parar en otro fin que en destruirle á él, y destruir su miserable reino. ¿Cómo ya sin nota de insensatez ponerse á luchar con el poder del Rey su padre, señor, por muerte de su hermano, de todos los estados de Aragón? ¿Ni qué esperanzas fundar en la proteccion de su primo, el heredero de Nápoles, cuyo poder é influjo eran ya tan inferiores?

Si el Príncipe hubiera sido tan ambicioso como algunos quieren, ocasion se le presentó en la muerte de Alfonso, cuando mucha parte de los barones y nobles napolitanos se ofrecia á aclamarle Rey suyo, no queriendo obedecer á Don Fernando, hijo